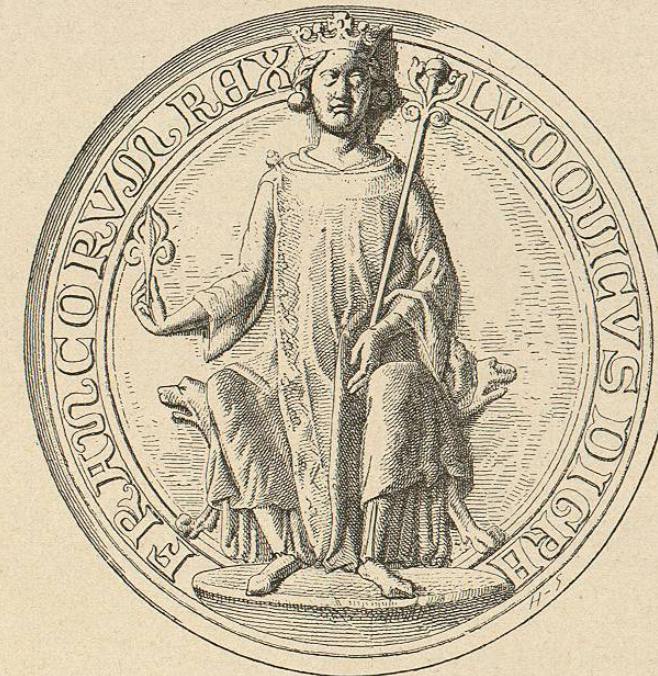


te el exceso de su candidez. «Cometieron pecado mortal, dice Joinville, los que le aconsejaron el viaje á Túnez.» La expedición de Túnez, esta segunda cruzada emprendida contra el parecer de personas prudentes, sin ninguna probabilidad de buen éxito, fué en efecto desastrosa á la vez para Francia y para la causa de la Tierra Santa. Pues bien, Luis IX fué á Túnez porque creyó de buena fe que el príncipe de aquel país, El Mostansir, tenía deseos de hacerse cristiano. Luis IX decía: «¡Oh, si yo pudiese ser el padrino de tal ahijado!» y delante de los emisarios de ese potentado ber-

visto, varonil; Luis IX guardó siempre en presencia de su madre la actitud de un niño afectuoso y obediente (2). Cuando supo su muerte, ocurrida en Jaffa en 1253, «mostró tanto duelo que en dos días no se le pudo hablar. Transcurridos los cuales, refiere Joinville, me envié á buscar por uno de sus camareros... Cuando me vió, extendió los brazos y me dijo: «¡Ah, senescal, he perdido á mi madre!—Señor, le dije, no me extraña, porque era mortal; pero me extraña que vos, que sois un hombre discreto, hayáis mostrado tanto duelo, pues ya sabéis que, según el Sabio, el malestar que se tiene



Sello de Luis IX

berisco que le fueron presentados en París, se deshizo en efusiones del corazón: «Decid á vuestro señor que deseo tan vivamente la salvación de su alma, que consentiría de buena gana en estar en las prisiones de los sarracenos todos los días de mi vida, sin ver jamás la luz del cielo, con tal que él se convirtiese, *dummodo rex vester et gens sua fierent christiani.*» Generalmente se reconoce que en aquella ocasión San Luis fué excesivamente crédulo (1).

III.—Los familiares de Luis IX

Si la figura de Luis IX está iluminada por una claridad vivísima, las de sus parientes y de sus amigos, si se exceptúa el señor de Joinville, entran ya en la penumbra en que están sumergidos Felipe *el Atrevido*, Felipe *el Hermoso* y sus contemporáneos.

El carácter de Blanca de Castilla era, según hemos

(1) Wallon, obra citada, II, 436.—Sin embargo, un historiador ha emitido recientemente la opinión de que la confianza de Luis IX en las promesas de El Mostansir era bastante natural (R. Sternfeld, *Ludwigs des heiligen Kreuzzug nach Tunis*, 1896, página 181) y aprobado la expedición de Túnez (ibid., pág. 313). No hay error político que no encuentre tarde ó temprano alguien que lo apruebe.

en el corazón no debe aparecer en el semblante, porque obrar de otra manera es alegrar á sus enemigos y entristecer á sus amigos.» Seguramente que el señor de Joinville no compartía en esta circunstancia el dolor de Luis IX: «Madama María de Vertus vino á decirme que la reina demostraba también un gran pesar y me rogó que fuese á verla para confortarla. La encontré llorando, y le dije: «Es bien cierto que no se debe creer á las mujeres; la difunta era la persona que vos más odiabais, ¡y ahora tenéis tanto sentimiento!» Y ella me dijo que no lloraba por la reina Blanca, sino á causa del dolor del rey y á causa de su hija, que se había quedado en Francia bajo la guarda de los hombres.»

La reina Margarita, hija mayor de Raimundo Berenguer, conde de Provenza, había casado con Luis en Sens el 27 de mayo de 1234. Había tenido que sufrir mucho, durante los primeros años de su casamiento, por la envidia de su madre política. El senescal de Champagne cuidó de informar acerca de ello á la posteridad. «Las cosas desagradables que le hizo fueron tales, dice el senescal, que la reina Blanca no quería sufrir, en

(2) El cronista Luis de Tuy cuenta que San Fernando, rey de Castilla, primo hermano de San Luis (puesto que era hijo de la reina Berenguela, hermana de Blanca), «no cesó jamás de mostrar á su madre una obediencia de niño.»

todo lo que podía, que su hijo estuviera en compañía de su esposa, á no ser por la noche cuando iba á dormir con ella. En Pontoise las habitaciones del rey y de la reina se comunicaban por una escalera de caracol. Se daban cita en aquella escalera, y habían arreglado las cosas de modo que, cuando los ujieres veían que la reina Blanca se encaminaba á la habitación de su hijo, golpeaban la puerta con sus varitas, y el rey se marchaba corriendo á su cuarto para que su madre lo encontrara allí; y así también hacían á su vez los ujieres de la habitación de la reina Margarita cuando la reina Blanca iba á verla, para que encontrase allí á la reina Margarita. Una vez el rey estaba junto á la reina, su mujer, y ella se encontraba en muy grave peligro de muerte á consecuencia de un mal parto. La reina Blan-



Sello del conde de Provenza

ca fué allí y cogió á su hijo por la mano y le dijo: «Venios conmigo, aquí no hacéis nada.» Cuando la reina Margarita vió que su madre política se llevaba al rey, exclamó: «¡Ay de mí, no me dejaréis ver á mi señor ni muerta ni viva!» Y entonces se desmayó; se creyó que había muerto; y el rey, que creyó que se moría, volvió, y con gran trabajo se la hizo volver en sí.» Se sabe, por otra parte, que Luis IX fué un esposo fiel, pero sin amor, excepto en su juventud, en la época de las entrevistas clandestinas en la escalera de Pontoise. El buen Joinville, que hace constar el hecho, no se apura para decir lo que piensa acerca del mismo. «Había estado, dice, cinco años cerca del rey, sin que hablara de la reina ni de sus hijos ni á mí ni á otra persona; y no es ésta buena manera, según me parece, de ser extraño á su mujer y á sus hijos.» Por lo demás, la frialdad, la desconfianza del rey hacia Margarita eran de notoriedad pública. Enrique III, rey de Inglaterra, y Luis habían casado con las dos hermanas; Enrique III, de carácter débil, fué gobernado por Alienor de Provenza, y se decía en Inglaterra, según Mateo de París, que el rey Enrique, ese marido bonachón (*uxorius*), hubiera hecho bien en imitar el ejemplo del muy prudente rey de Francia, su cuñado, que no se dejaba molestar ni por su mujer, ni por los parientes, ni por los compatriotas de su mujer. En 1269 Luis IX, antes de partir para el Africa, no confió á la reina, según era costumbre, la guarda del reino; la reservó expresamente á dos de sus consejeros.

El rey tenía para ello sus razones, porque Margarita de Provenza no era una simple mujer, ocupada enteramente, como tantas otras princesas, en dar á luz y educar á sus hijos, aunque tenía muchos. Era enérgica como un hombre. En Damietta fué heroica. «Tres días antes de su alumbramiento, dice Joinville, recibió la noticia de que el rey estaba preso; había delante de su cama un viejo caballero de ochenta años que le tenía cogida la mano; ella hizo salir á todo el mundo de su cuarto, excepto á dicho caballero, y arrodillándose delante de él le pidió una gracia; el caballero se la prometió bajo juramento. «Os pido, dijo ella, por la fe que me habéis jurado, que si los sarracenos entran en la ciudad, me cortéis la cabeza antes de que me cojan.» Y el caballero respondió: «Estad segura de que lo haré de buena gana, porque ya había pensado en ello.»

El mismo día del parto se le dijo que los de Pisa y de Génova querían escaparse. Al día siguiente los hizo comparecer á todos delante de su cama y les dijo: «Señores, por amor de Dios, no abandonéis esta ciudad, porque ya veis que, si se tomara, el señor rey estaría perdido y todos los que están con él. Tened piedad de esta débil criatura que aquí veis; aguardad á que yo esté levantada.» Y como los italianos manifestasen el temor de padecer hambre, los retuvo á todos á sueldo del rey.» Así se salvaron interinamente Damietta y el rey. Pero era ambiciosa; tenía pasiones políticas que no estaban todas conformes con los gustos de su esposo ni con los intereses del reino. Luis IX tuvo que vigilarla toda su vida. Por su padre era de la casa de Provenza, y por su madre de la casa de Saboya, conocida desde entonces por su rapacidad. De sus tres hermanas, una, Alienor, estaba casada con el rey de Inglaterra; otra, Sancha, con Ricardo de Cornuailles, rey de los romanos *in partibus*; la tercera, Beatriz, casó después de la muerte del conde Ramón Berenguer, en 1245, con el propio hermano de Luis IX, Carlos de Anjou. Estas uniones crearon relaciones de familia complicadas y difíciles. Por una parte Margarita, cuyo dote no había sido enteramente pagado, se encontró en conflicto con Carlos de Anjou que se prevalía del testamento de Ramón Berenguer en favor de Beatriz para guardar, sin repartirlo, el condado de Provenza; por otra parte fué inducida á asociarse estrechamente con sus hermanas de Inglaterra, Alienor y Sancha, perjudicadas como ella y con las cuales tenía mucho parecido de carácter. De ahí su hostilidad violenta contra la casa de Anjou y su adhesión á los ingleses. Algunas correspondencias de la época atestiguan que ella se inmiscuía en obtener de su esposo decisiones conformes con los deseos de los enviados de Inglaterra: «Hemos ido á ver á la reina en Saint-Germain-en-Laye, escribían éstos á su señor en febrero de 1263, y le hemos expuesto los negocios; nos ha ordenado no presentarnos al rey antes de que ella esté en condiciones de ayudar al despacho de vuestros asuntos...»

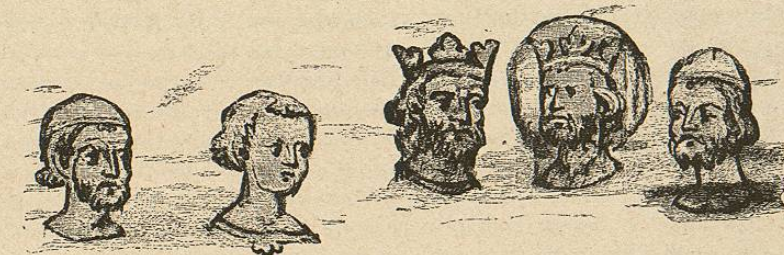
Sus cartas la muestran pronta á la intriga, importuna, infatigable (1). Cerca de su cuñado Alfonso, conde de Poitiers y de Tolosa, interviene en favor de su primo Gastón de Béarn, agresor del conde de Cominges; Al-

(1) E. Boutaric, *Marguerite de Provence*, en la *Revue des questions historiques*, tomo III, 1867.

fonso responde que la víctima no es Bearn, que es Cominges, y que las víctimas más interesantes son indudablemente aldeanos, *pauperes agricola, qui semper plectuntur quidquid delirant alii*. Pero Enrique III de Inglaterra lucha contra sus barones; ella envía á decir á toda prisa al mismo Alfonso de Poitiers que ponga, por su amor, los buques de la Rochela á disposición del rey inglés, en el preciso momento en que Luis trata de aprovechar su neutralidad para imponer su mediación. Las negativas cortesces, pero reiteradas, de Alfonso no la desaniman: como unos mercaderes de Bayona, del partido de Simón de Montfort, se encontrasen en los dominios del conde de Tolosa, ella no vacila en pedir que se detenga á esos extranjeros. Esta vez, para complacerla, el conde Alfonso consiente; pero Luis IX que lo sabe, ordena de una manera bastante brusca que se ponga en libertad á esos mercaderes. Al mismo tiem-

prendedores, hermosos tipos como hombres de armas y amantes de la guerra.

Roberto de Artois es aquel aturdido, apasionado por las armas y por los caballos, violento, excesivamente bravo, que en Damietta insultó á los cruzados ingleses, hasta el punto de que abandonaron el ejército para marchar á Palestina, y se hizo matar en los callejones de Mausourah con trescientos caballeros, víctimas de su temeridad. El rey lloró al recibir la noticia de su muerte, y más tarde decía á Joinville, no sin amargura, que el conde de Artois, si hubiese vivido, hubiera sido más solícito con él de lo que eran Alfonso y Carlos. Sin embargo, de los dos sobrevivientes prefería á Alfonso, y Carlos no lo ignoraba. Fué Alfonso quien en 1253 y en 1254, hasta el regreso del rey, ejerció de hecho la regencia; á él enviaba el rey desde ultramar las noticias de la Tierra Santa. Este personaje es, por otra



Roberto de Artois, Felipe, Carlos de Anjou, Luis IX y Alfonso de Poitiers. (Del código *De passagiis in Terram Sanctam*.)

parte, poco conocido: los cronistas casi no hablan de él, mientras que se han conservado centenares de actas de su cancellería; por este motivo generalmente se tiene de él la idea de ser un príncipe papalero, sin cesar ocupado en asuntos administrativos. Habiendo recibido como dotación el Poitou y la Auvernia, y habiéndose casado hacia 1237 con Juana, heredera de la casa de Tolosa, llegó á ser, después de la muerte de su padre político, el amo del Mediodía del Langüedoc y el más gran señor de Francia. Pero era anémico, valetudinario, achacos (tuvo después de la cruzada de Egipto una oftalmía y ataques de parálisis); no residió nunca en sus tierras y vivió en París ó en sus alrededores, en Longpont, en Corbeil, en Gournai-sur-Marne, en Mussi-l'Évêque. «De allí, dice su último historiador (1), partían diariamente correos encargados de órdenes precisas y cuidadosamente redactadas (para la administración de sus dominios); allí iban los habitantes de sus tierras á exponer sus agravios y á formular sus quejas.» Si el honor de su correspondencia administrativa no pertenece por completo á sus consejeros Sicard Alamán, Pocio, Astoaud, Gil Camelin, el tesorero de San Hilario de Poitiers, etc., es preciso deducir que el conde Alfonso fué muy celoso de sus derechos; bastante codicioso, pero muy exacto. Además era muy piadoso y su celo por la cruzada igualaba al del rey.

Carlos, el menor de la familia, tenía más vigor y más sangre. Este hombre alto, de facciones acentuadas, con un aspecto grave y duro, que hablaba poco y no reía nunca, es el primero de los Capetos que haya tenido

parte, poco conocido: los cronistas casi no hablan de él, mientras que se han conservado centenares de actas de su cancellería; por este motivo generalmente se tiene de él la idea de ser un príncipe papalero, sin cesar ocupado en asuntos administrativos. Habiendo recibido como dotación el Poitou y la Auvernia, y habiéndose casado hacia 1237 con Juana, heredera de la casa de Tolosa, llegó á ser, después de la muerte de su padre político, el amo del Mediodía del Langüedoc y el más gran señor de Francia. Pero era anémico, valetudinario, achacos (tuvo después de la cruzada de Egipto una oftalmía y ataques de parálisis); no residió nunca en sus tierras y vivió en París ó en sus alrededores, en Longpont, en Corbeil, en Gournai-sur-Marne, en Mussi-l'Évêque. «De allí, dice su último historiador (1), partían diariamente correos encargados de órdenes precisas y cuidadosamente redactadas (para la administración de sus dominios); allí iban los habitantes de sus tierras á exponer sus agravios y á formular sus quejas.» Si el honor de su correspondencia administrativa no pertenece por completo á sus consejeros Sicard Alamán, Pocio, Astoaud, Gil Camelin, el tesorero de San Hilario de Poitiers, etc., es preciso deducir que el conde Alfonso fué muy celoso de sus derechos; bastante codicioso, pero muy exacto. Además era muy piadoso y su celo por la cruzada igualaba al del rey.

Los cuatro hijos de Luis VIII y de Blanca de Castilla se asemejaban dos á dos, según parece, de una manera sorprendente: Luis y Alfonso, afables y sencillos, medianamente robustos; Roberto y Carlos, muy em-

(1) A. Molinier en la *Histoire générale de Languedoc*, VII, 476. M. Molinier publica en la «Collection de documents inédits» la *Correspondance administrative d'Alfonse de Poitiers*, consúltense los *Annales du Midi*, tomo XII, 1900.

grandes destinos fuera de Francia. Conde de Anjou y de Provenza, después senador de Roma, rey de las Dos Sicilias, pretendiente personal al trono de Jerusalén, y para los suyos al imperio latino de Constantinopla, conmovió la mitad de Europa y fué celebrado ó maldecido en todas las lenguas (1). Soldado del papa, pero señor de los papas; celoso defensor de la ortodoxia, pero hábil para confundir los intereses de la ortodoxia con los de su ambición, es, desde ciertos puntos de vista, una prefiguración de Felipe *el Hermoso*. Se alababa su castidad, su devoción, su valor, el gusto que tenía por las artes. Su orgullo era legendario. A últimos de su carrera adquirió bastante ascendiente sobre la casa de Francia para comprometerla en terribles aventuras.

Luis IX tuvo seis hijos, de los cuales el mayor, Luis, murió en 1260, á los diez y seis años, y cinco hijas. Se cuidaba él mismo de su educación. Felipe, que le sucedió, describió á los inquisidores del proceso de canonización los ejercicios que su padre tenía costumbre de imponerles á él y á sus hermanos. Su actitud en presencia del santo rey era, según parece, algo temerosa; ni él, ni Pedro de Alenzón, ni Roberto de Clermont, ni Thibaut de Champaña, rey de Navarra, esposo de su hermana Isabel, se tomaban confianza con su padre. «El rey, cuenta Joinville, llamó á monseñor Felipe, su hijo, y al rey Thibaut y se sentó á la puerta de su oratorio, y puso la mano en tierra, y dijo: «Sentaos aquí, muy cerca de mí, para que no nos oigan.—¡Ah, señor!, dijeron ellos, no nos atreveríamos á sentarnos tan cerca de vos.» Y él me dijo: «Senescal, sentaos aquí;» después, dirigiéndose á ellos: «Habéis hecho mal, vosotros que sois mis hijos, al no haber hecho en seguida lo que yo os he mandado. Guardaos de que esto os suceda jamás.» Y ellos dijeron que nunca más volverían á hacerlo.

Así las relaciones de Luis IX con su mujer, con sus hermanos, con sus hijos, fueron más bien correctas que cordiales. Algunos de sus familiares ciertamente entraron más en su confianza. Pero de estos «amigos» del rey uno solo ha tenido el cuidado de darse á conocer: Joinville (2). Por un error de óptica muy natural, la posteridad no ha visto más que á él. Sin embargo, el senescal de Champaña, nacido en 1225, no fué admitido cerca de Luis más que desde la cruzada de Egipto. Y aún no era en Egipto ni uno de los jefes más visibles, ni uno de los caballeros más brillantes del ejército, en el que figuró en segundo término. A la verdad, durante la estancia en Tierra Santa, después del regreso á Europa de la mayor parte de los cruzados, vivió con el rey en una intimidad bastante estrecha. Poco después de 1254 dejó el servicio real: harto de aventuras, en adelante residió en Champaña para restablecer la prosperidad de su dominio, comprometida por su ausencia. De un carácter sociable, iba con frecuencia á la corte, donde era bien acogido: se le ve en ella, por ejemplo, en 1259, en 1260, en 1266 y en 1267; pero no tenía en la misma una gran importancia. Luis IX hacía gran ca-

(1) C. Merkel, *L'opinion dei contemporanei sull'impresa italiana di Carlo I d'Angiò*, en las «Mémoires de l'Académie des Lincei», 1889.

(2) La mejor disertación acerca de Joinville es la de G. Paris en la *Histoire littéraire*, tomo XXXII, 1893.

so de la lealtad y del buen humor del señor de Joinville, su antiguo compañero de guerra y de viaje; pero no le honraba con sus confidencias, y en los asuntos de Estado no era á él á quien consultaba. Si le hubiera consultado, el buen senescal, que en la historia de su amo intercaló la suya sin ningún escrúpulo, no se hubiera olvidado de decirlo. Cuarenta años después de la muerte de San Luis frecuentaba todavía la corte de Francia, renombrado por su sabiduría sentenciosa y su cortesía á la antigua usanza. Entonces fué cuando compuso su libro tal como ha llegado á nosotros, esas amables relaciones de un viejo algo caduco, coloreadas, vivientes, sin enlace, que revelan á la vez sus admirables dotes de expresión, los límites de su inteligencia y la medianía de su estilo.

El mismo Joinville nos hace saber el nombre del que fué el ministro preferido de los afojos de Luis IX: «monseñor Pedro el Chambelán, el hombre del mundo á quien él (el rey) creía más, el hombre más leal y el más recto que yo haya visto nunca en la casa del rey.» Este personaje de la casa de Villebeón, á quien no debe confundirse con Pedro *el Horrible* de Chamblí, chambelán en 1269, era desde 1250 el primero de la corte. Los extranjeros lo sabían: cuando en marzo de 1261 Enrique III y Simón de Montfort eligieron al rey de Francia como árbitro de su contienda, designaron subsidiariamente, para el caso de que el rey declinase este oficio, «á monseñor Pedro el Chambelán.» Se notó, como una prueba sorprendente de la firmeza de Luis IX, que éste hubiera denegado á un servidor tan querido, «uno de sus principales secretarios,» la gracia de un condenado. Pedro el Chambelán siguió á Carlos de Anjou á la conquista de las Dos Sicilias. Desde Túnez, algunos días después de la muerte de Luis IX, Thibaut de Navarra escribía al obispo de Túsculum afirmando que el nuevo rey dispensaba un gran favor á «monseñor Pedro;» pero «monseñor Pedro» murió poco después de su señor y fué enterrado en la basílica de San Dionisio á los pies de aquél, á quien tanto había amado.

Juan de Beaumont, caballero picardo, camarero de Francia, gozó también durante mucho tiempo de gran crédito. Inocencio IV, salvado por el rey de las garras del emperador, escribía á Juan de Beaumont en los términos más lisonjeros y le daba las gracias por haber decidido á su soberano, la reina y los príncipes, á sostener la Iglesia. Era un señor regañón y toscó. Joinville lo saca á la escena en la relación del consejo celebrado en Acre en 1250. Como Guillermo de Beaumont, su sobrino, defendiera en aquel consejo una opinión contraria á la suya: «¡Sucia porquería!, exclamó, ¿qué queréis decir? ¡Estaos quieto!—Señor Juan, dijo el rey, hacéis mal; dejadle decir.—Seguramente, señor, que no lo haré.» Por otra parte, los predicadores de fines del siglo XIII contaban de buen grado en el púlpito una anécdota del mismo género. Un día que Juan de Beaumont comía al lado de Guillermo, obispo de París, le preguntó bruscamente: «¿Para qué sirve el agua que está delante de vos?—Este agua, respondió el prelado, que en efecto bebía fuerte y todo menos agua, hace justamente en mi mesa el mismo servicio que vos en la corte del rey.—¿Es decir, que yo no sirvo para nada, monseñor?—Al contrario; cuando estáis en palacio, si un príncipe ó un conde quiere levantar la voz, en segui-

da le reprendéis ásperamente y le obligáis á callar. Si un caballero ú otra persona cualquiera habla con demasiada libertad, vos le llamáis al orden. De la misma manera, si mi buen vino de Angers, de Saint-Pourçain ó de Auxerre quisiera hacerme daño, recurriría al espíritu contradictor de esta botella de agua á fin de quitar al vino su fuerza...»

¿Para qué enumerar los demás familiares de San Luis? A excepción de aquellos que han escrito, como Roberto de Sorbón, el buen maestro Roberto, tan franco y tan altivo, cuya figura picaresca hace juego con la de Joinville (1), no se conocen de los restantes más que los nombres. La abundante literatura del siglo XIII no ha conservado el más fugitivo reflejo de «esos oficiales» y de esos «caballeros del rey», que las actas, las cuentas y las crónicas nos presentan encargados de misiones confidenciales ó revestidos de las más altas funciones (2). ¿Qué se sabe del condestable Imbert de Beaujeu, los mariscales de Francia Ferri Pasté y Enrique de Courances, de Guido el Bajo, de Godofredo de la Chapelle, de Juan de Soisi, de Gervasio de Escrennes? ¿Y de esos prelados que, después de Gautier Cornu, fueron los ministros de las voluntades del rey: Juan de la Cour, Raúl Grosparmi, que llevaron el sello del rey, Mateo de Vendôme, abad de Saint-Denis que, junto con Simón de Nesle, estuvo por dos veces encargado, en la ausencia del rey, de la «guarda» del reino, y de tantos otros? Han pasado sin dejar huellas, ó poco menos. Algunos vivían aún cuando se hizo la información para canonizar á Luis IX y fueron interrogados; pero el confesor de la reina Margarita, que extractó los rollos de la información, no cita casi palabras que nos sirvan para formar concepto de aquellos que las profirieron.

Por otros documentos (cuentas, ordenanzas de palacio, etc.) podemos por lo menos formarnos una idea de aquella corte patriarcal que sin cesar mudaba de sitio, yendo de abadía en abadía, de casa real en casa real, á través de los grandes bosques del dominio, alrededor de París. El itinerario de Luis IX, que se ha trazado en nuestros días según las actas, indica las residencias que prefería: el monasterio de Maubuisson cerca de Pontoise, el castillo de Vincennes, las casas rústicas ó «enramadas» de Lyons (La Folie-en-Lyons), de Saint-Germain-en-Laye, de Fontainebleau, Lorris, Montargis, Poissi,

(1) Como Joinville en sus Memorias, Roberto de Sorbón se ha retratado de cuerpo entero en sus *propos*, reunidos y lindamente comentados por B. Hauréau, «Mémoires de l'Académie des Inscriptions,» tomo XXXI, 1884, segunda parte.

(2) Apenas hay en las Memorias de Joinville algunas palabras acerca de Juan de Valeri, el prohombre que reclamó audazmente en Egipto, contra el rey y el legado, «las buenas costumbres» de ultramar, y acerca de Godofredo de Sargines, quien después de Mansourah defendió al rey contra los sarracenos «como el buen criado defendiendo de las moscas el tazón de su amo.» Salimbene vió en Sens, en junio de 1248, á Eudo Rigaud, arzobispo de Ruán: «Cuando el rey de Francia, dice, iba al cabildo, todos nuestros hermanos salieron á su encuentro para recibirlo honoríficamente. Y el hermano Rigaud, de la orden de los menores, arzobispo de Ruán, revestido de los ornamentos pontificales, salió de la casa y fué apresuradamente hacia el rey, gritando: «¿Dónde está el rey? Yo le seguía, y él marchaba solo, desatinado, con la mitra en la cabeza y el báculo pastoral en la mano.» Este prelado pasaba por ser un hombre de talento; se han conservado de él algunas de sus agudezas que hoy ya no hacen reír (Lecoy de la Marche, *La société au XIII^e siècle*, pág. 122). Las sumarias de sus visitas diocesanas son célebres; véase más adelante, libro III, capítulo II.

Vernón... Se conocen los nombres, los sueldos y las funciones de los servidores del rey (3). Se sabe, por fin, que no consentía á su alrededor más que personas irreprochables; gobernaba su casa con una extrema severidad: algunos habían sido despedidos por haber pecado con mujeres ó por haberse olvidado de ayunar: «Infórmate á menudo acerca de los de tu casa, enseña San Luis á su hijo, para saber cómo se portan...»

La corte de San Luis no fué turbada por ningún escándalo. En primer lugar, el rey no tuvo ni favorito ni primer ministro: gran singularidad, porque todos sus predecesores los habían tenido: basta citar á Suger, Garín de Senlis, Esteban de Garlande, Roberto y Gil Clément; y sus sucesores inmediatos debían reanudar la tradición con Pedro de la Broce, Flote, Nogaret, Margni. En segundo lugar, los consejeros de la corona eran casi todos, en aquel tiempo, originarios de las antiguas provincias de entre el Soma y el Loira, corazón y cuna de la monarquía: Orleanais, Gâtinais, Isla de Francia, Beauvaisis, Picardía. No es seguramente que Luis IX hubiera adoptado un sistema acerca del particular; Joinville dice que buscaba «toda suerte de gentes que creían en Dios y le amaban;» por ejemplo, «dió el cargo de condestable á monseñor Gil de Brun, que no era del reino de Francia (era de la Flandes imperial), porque monseñor Gil tenía gran fama de creer en Dios y de amarlo.» Pero había heredado de su padre y de su abuelo un personal de gobierno que conservó y que era francés. Más tarde, las provincias recientemente anexionadas, Normandía, Langüedoc y hasta las repúblicas de Italia, poblaron la corte de ministros exóticos, extraños al espíritu y á las costumbres de los «prohombres» de la misma Francia y que importaron temibles novedades. Entre los honrados familiares de Luis IX reinaban todavía las antiguas costumbres, en armonía con el carácter del señor.

CAPÍTULO III

POLÍTICA INTERIOR. EL REY Y LA NACIÓN
DE 1235 Á 1270

I. La nobleza.—II. Luis IX, la Santa Sede y el clero de Francia.
III. Las ciudades y el pueblo

Felipe Augusto, continuando la obra de sus predecesores, había conseguido que la monarquía de los Capetos hiciera grandes progresos. La revuelta que siguió á la muerte de Luis VIII no hizo ningún daño. Luis IX, en su mayoría, era un rey muy poderoso. Respetuoso de los derechos ajenos, el más conservador de los hombres, tal como lo conocemos, debía contentarse con la herencia que sus antecesores le habían asegurado. Mantener la Francia en los límites y la sociedad en el estado en que se encontraban á su advenimiento, tal fué, en efecto, su ideal. Pero tan celoso de hacer respetar su derecho, ó lo que él creía su derecho, como de respetar el de los demás, no debía vacilar en defenderse contra las empresas de la nobleza que, abatida, no era aún ofensiva, y contra las del clero. Toda su vida tuvo muy presentes las escenas de su minoría: la retirada de

(3) Libro III, capítulo I.